



# Fallece a los 98 años el filólogo salmantino y académico de la RAE Rodríguez Adrados

Premio Nacional de las Letras en 2012, también recibió el de Castilla y León de Humanidades (1997) y el de la Fundación Onassis (1989)

## EL NORTE

VALLADOLID. El filólogo clásico y Premio Nacional de las Letras (2012) Francisco Rodríguez Adrados falleció ayer en Madrid a los 98 años, según confirmó la Real Academia Española, institución en la que ingresó en 1991 con el discurso titulado 'Alabanza y vituperio de la lengua'.

Francisco Rodríguez Adrados (Salamanca, 1922) falleció en la madrugada de ayer en la capital española, donde ha desarrollado su carrera como doctor en Filología Clásica por la Universidad Complutense y como catedrático de Griego del Instituto Cardenal Cisneros de Madrid (1949), de la Universidad de Barcelona (1951) y de la Universidad Complutense (1952), según informa la RAE, donde ocupó la silla d.

Doctor honoris causa por las universidades de Salamanca, San Pablo CEU (Madrid) y Panamá, y académico de número de la Real Academia de la Historia, Francisco Rodríguez Adrados fue también miembro de la Academia Argentina de Letras y de la Academia de Atenas, presidente de honor de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, director de la revista Emerita y director de honor de la Revista Española de Lingüística.

También estuvo al frente del Diccionario griego-español y de la colección Alma Mater de clásicos griegos y latinos.

Rodríguez Adrados, a quien el doctor de Filosofía Clásica y ex disputado del PP Emilio del Río ha calificado como «el último de una generación de titanes», fue galardonado con el Premio de la Fundación Aristóteles Onassis (1989) por su labor en la elaboración de un diccionario de griego clásico y medieval, el Premio Castilla y León de Humanidades (1997) y la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio (1998).

También se le otorgaron otros galardones como el Premio Menéndez Pidal de Investigación en Humanidades (1988), el Premio González-Ruano de Periodismo



Francisco Rodríguez Adrados. ESTEBAN COBO-EFE

(2004), el Premio Nacional de Traducción (2005), el Premio de Investigación de la Comunidad de Madrid (2007) y el Premio Nacional de las Letras (2012).

Rodríguez Adrados también ha sido editor y traductor al español la obra de numerosos clásicos griegos y sánscritos, así como de numerosas publicaciones sobre lingüística indoeuropea, griega e india, sobre literatura griega antigua y sobre teoría general de la historia («Homo sapiens, Grecia antigua y mundo moderno», 2006-) y de la literatura ('El río de la literatura').

«La cultura pierde a una de sus grandes referencias nacionales», escribió ayer el presidente de la Junta de Castilla y León, Alfonso Fernández Mañueco, a través de un mensaje difundido en las redes sociales.

Maestro de filólogos, creador de una escuela de helenistas y firme valedor de las humanidades des-

de del estudio de las lenguas clásicas, Francisco Rodríguez deja una larga, intensa y fecunda vida intelectual que abarca desde la posguerra hasta la globalización. Fue posiblemente el último eslabón de la fructífera generación de filólogos surgidos durante la España de posguerra que, junto a Emilio Alarcos, Manuel Alvar, Fernando Lázaro Carreter y Luis Michelena, contribuyó entre otros a purificar la atmósfera de una Universidad sometida entonces a depuraciones y chalaneos.

Rodríguez Adrados se formó en la Universidad de su ciudad natal

**«La cultura pierde a una de sus grandes referencias nacionales», escribió Fernández Mañueco en las redes sociales**

como siglos antes lo hiciera Antonio de Nebrija, autor de la primera Gramática de la Lengua Española y como él lingüista, docente, traductor y precursor en su caso de la toma de conciencia sobre la trascendencia de las lenguas clásicas.

A ese empeño sometió su vida procveta desde que en 1949, a los 27 años, ganó en Madrid la cátedra de Griego en el Instituto Cardenal Cisneros, a tiro de piedra del viejo caserón de la Universidad Central (actual Complutense), en la calle Ancha de San Bernardo, adonde dio el salto en 1953, también como catedrático, después de una fugaz incursión por la de Barcelona.

Decidido en su apuesta durante una época complicada, consciente del (d)esafío que suponía pero también del (d)eber que se imponía en la (d)efensa de las humanidades, Rodríguez Adrados acusó todos esos rasgos que co-

mienzan por la letra 'd', la del sillón que desde 1991 ocupó en la Academia de la Lengua tras el fallecimiento de su colega Dámaso Alonso.

La demora en ocupar un sitio en la Docta Casa (sillón 'd' minúscula), casi a los setenta años de edad y después de cuatro décadas de magisterio, hizo justicia tardía a una obra mayúscula que, a partir de entonces, sí obtuvo reconocimientos señeros como la Gran Cruz de Alfonso X El Sabio (1996) y muy al final, el Premio Nacional de las Letras por su aportación a la ciencia lingüística.

Alquimista muy paciente, Rodríguez Adrados descubrió en el laboratorio de su erudición y tenacidad investigadoras, la veta griega de la lengua española, de la que trazó el mapa de su genoma en textos de relevancia como «Estudios sobre el léxico de las fábulas esópicas» (1948), en sus inicios, u 'Orígenes de la lírica griega' (1976).

Muchos de sus libros son consecuencia de estudios, trabajos e investigaciones sobre la semántica, sintaxis y semiología griega e indoeuropea, pero también de su cultura, literatura y teatro para documentar la herencia del español por parte de ambas lenguas.

A la documentación de la genealogía indoeuropea del español, dedicó Francisco Rodríguez Adrados toda una vida también a través de facetas como las de conferenciante, articulista en publicaciones y periódicos como 'Revista de Occidente', 'ABC' y 'El Mundo', y director de revistas como 'Emerita' y la 'Revista Española de Lingüística'.

El gran proyecto de su vida fue el Diccionario de Griego Clásico y Medieval, donde desembocaron todos sus trabajos en un inabarcable y magnífico proyecto auspiciado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

Su erudición e intelectualidad poliédricas le llevaron a otras academias como la de Historia y la Argentina e las Letras, y le granjearon reconocimientos como el Premio Menéndez Pidal de Investigación en Humanidades (1998), el Honoris Causa en su Universidad de Salamanca (1998), el Castilla y León de las Humanidades (1997) y el Premio Nacional de Traducción (1981), entonces denominado de Fray Luis de León.